

cia de aquel Señor que pesará los talentos y sorprenderá á los sábios en su sabiduría! Luego la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio, insensata por las razones en que se funda y funesta por sus consecuencias, y despues de haberos manifestado que no hay cosa mas opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos, probando que no hay cosa mas opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la propia conciencia.

SEGUNDA PARTE.

Sin duda, católicos, que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos, y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible majestad del Ser Supremo una indulgencia que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon.

Y á la verdad, ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos y sus infinitos y frívolos deseos? Los hombres, unos gusanos de la tierra que solo con que el Señor los mire desaparecen, ¿pueden merecer el que los observe con toda atencion? El dar á un Dios que nos dicen ser tan grande, una ocupacion que no seria digna ni aun de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada bajeza?

Pero antes de aclarar toda la extravagancia de esta blasfemia, os suplico, católicos, que advertais que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios y le hace semejante al hombre. Porque ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones

y pensamientos? ¿necesita de cuidado y observacion para ver lo que pasa en la tierra? ¿no vivimos, no nos movemos y no estamos en él? ¿podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dejar de ver nuestros delitos? ¡Qué locura, pues, la del impío cuando supone que lo que pasa en la tierra serviria de cuidado y de ocupacion á la Divinidad si quisiera observarlo! La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.

Supuesta esta reflexion, respondo primeramente: si fuera conveniente á la grandeza de Dios dejar á los buenos y á los malos sin castigo y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo, que cruel, falaz, pérfido y desnaturalizado; Dios, en tal caso, no amaria mas la virtud, la vergüenza, la rectitud y la religion, que la deshonestidad, la mala fe, la impureza y el perjurio, pues el justo y el injusto, el puro y el impuro tendrian la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria y confundiria muy presto para siempre en el horror del sepulcro;

Pero ¡qué digo, católicos! acá en la tierra parece que el mismo Dios se declara contra el justo en favor del impío. eleva á éste como al cedro del Líbano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la afliccion y el oprobio son regularmente el patrimonio de los justos. ¡Qué mónstruo seria la divinidad si todo se acabara con el hombre, y si no hubiera mas bienes ni mas males que esperar que los de esta vida! En este caso la divinidad seria la protectora de los adulterios, de los sacrilegios y de los mas horribles delitos, la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad y

de las mas puras virtudes; sus favores serian premio del delito y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusion y de iniquidad se forma el impío!

¡Os parece, católicos, que seria propio de la grandeza de Dios dejar al mundo que crió, en un desórden tan universal? ¿el ver prevalecer casi siempre al impío contra el justo? ¿al inocente destronado por el usurpador? ¿al padre hecho víctima de la ambicion de un hijo desnaturalizado? ¿al esposo espirando con los golpes de una esposa bárbara é infiel? ¿Estaria Dios mirando con indiferencia en lo sublime de su grandeza estos fatales sucesos sin interesarse en ellos? Por lo mismo que es Dios grande, ¿habia de ser un Dios sin poder, ó injusto ó bárbaro? Por lo mismo que los hombres son tan miserables, ¿les habia de ser permitido el ser ó disolutos sin pecado ó virtuosos sin mérito?

¡Oh Dios mio! si este fuera el carácter de vuestro Ser Supremo, si os hubiéramos de adorar formando de vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi Padre, por mi protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza y remunerador de mi fidelidad. No seríais sino un bárbaro tirano que sacrificaría todos los hombres á sa vana fiereza, y que solamente los hubiera sacado de la nada para hacerlos servir de juguete á sus pasatiempos ó á sus antojos.

Porque por último, católicos, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse que fuese digno de su sabiduría en criar á los hombres? ¿no habia de haber tenido mas fin en formarlos que en formar las bestias? ¿el hombre, este ser tan noble que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes, capaces de amor, de verdad y de justicia, el hombre que entre todas las cria-

turas es la única copaz del alto destino de conocer y de amar al Autor de su ser; este hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívolas ó en deleites sensuales? ¿se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿no habia de haber venido á la tierra mas que para servir de irrision y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazon que le dió el Autor de su ser? ¡Oh Dios mio! ¿qué seria de vuestra sabiduría si no hubiera hecho una tan grande obra mas que para un poco de tiempo, si no hubiera criado á los hombres mas que para servir de juguete á vuestro poder y divertirlos con la variedad de estos espectáculos? *Nunquid enim vane constituisti omnes felices hominum?*¹ Luego el Dios que se forman los impíos solo es grande por ser mas injusto, mas inconstante y mas despreciable que el hombre. Seguid estas ideas si podeis conformaros con su extravagancia.

¿Qué cosa, pues, hay mas digna de Dios, católicos, que el velar sobre el universo; gobernar los hombres que ha criado, con leyes de justicia, de verdad, de caridad, de inocencia, y de hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿qué cosa mas digna de Dios que amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable, el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imágen, el no confundir para siempre al justo con el impío, el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él, el entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de

¹ Psalm. 88. v. 48.

él su felicidad? Este es el Dios de los cristianos, esta la divinidad sábia, justa y santa que nosotros adoramos, y la ventaja que llevamos al impío consiste en que este es el Dios de un corazón inocente y de una razón pura, el Dios que nos anuncian todas las criaturas, que han invocado todos los siglos, que han reconocido hasta los sábios del paganismo, y cuya idea ha grabado la naturaleza en lo más profundo de nuestro ser.

Pero supuesto que este Dios es tan justo, dice el impío, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleite que nacieron con nosotros, y que él mismo nos dió? Última blasfemia de la impiedad y última parte de este discurso. Voy á concluir.

Pero primeramente, seais quien fuéreis los que hablais tan neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas, si todo lo que deseamos es lícito, si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligación, fundados en este principio no teneis más que hacer que envidiar la fortuna de vuestro prójimo para que os sea permitido el despojarle de ella, desear su mujer con un corazón corrompido para autorizar la transgresión, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los más sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; no teneis más que desconfiar de un enemigo para tener derecho á perderle, no tener paciencia para sufrir la autoridad de un padre ó la severidad de un amo, para bañar vuestras manos en su sangre; en una palabra no teneis más que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios para que todos os sean permitidos; y como cada uno halla en sí estas funestas raíces, ninguno estará exento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para

governarse más que sus pasiones, y otra regla más que sus deseos.

Aun en los siglos paganos se reconoció la necesidad de una filosofía, esto es, de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres ó hiciese de la razón freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza los guiaba al conocimiento de esta verdad y los enseñaba que el ciego instinto no debía ser la única guía de las acciones del hombre; y así es preciso, ó que este instinto no provenga de la primera institución de la naturaleza, ó que sea un desorden, pues todas las leyes que ha habido en el mundo solo se han hecho para moderarle; ninguno de aquellos hombres que en todos los siglos han sido reputados por sábios y virtuosos, siguió sus impresiones. En todos los pueblos se han tenido siempre por monstruos y oprobio de la humanidad aquellos hombres infames que se entregaban sin cautela y sin vergüenza á la brutal sensualidad; y una vez establecida la máxima de que nuestras inclinaciones y deseos no son pecaminosos, no puede subsistir la sociedad entre los hombres, deben separarse para vivir seguros, ir á habitar á los bosques y vivir como las bestias.

Por otra parte, hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al Autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay también á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nos lleva hácia los deleites de los sentidos, ¿no tenemos otra ley escrita en nuestros corazones, que nos llama á la castidad y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es más conforme á la naturaleza del hombre? ¿es acaso por ser más violenta? Pues su misma violencia prueba su desorden, porque lo que proviene de la natura-

leza debe ser moderado. ¿Es acaso por ser siempre la mas fuerte? Muchas almas háy justas y fieles en las que siempre está sujeta á la razon. ¿Es por ser mas agradable? La prueba de que este placer no puede hacer feliz al hombre, es que siempre le sigue inmediatamente el disgusto; además de que la virtud tiene en sí mas atractivos que el vicio para el justo. ¿Es, finalmente, por ser mas digna del hombre? Me parece que no os atreveréis á decirlo, pues es la que confunde al hombre con las bestias. ¿Pues por qué os declarais en favor de los sentidos contra la razon, y quereis que sea mas conforme al hombre el vivir como una bestia que como una criatura racional?

Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos y si todos se entregaran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto y al imperio de los sentidos y de las pasiones, acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun ejemplo excusa á vuestros desórdenes. Pero miradlo bien. ¿No hallais algunos justos en la tierra? No hablo aquí de aquellos vanos discursos que tantas veces haceis contra la piedad, y cuya injusticia conoceis vosotros mismos; hablad de buena fe y dad gloria á la verdad. ¿No hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor y en la observancia de su santa ley? ¿Pues por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¿No han heredado ellos de la naturaleza las mismas inclinaciones que vosotros? ¿los objetos de las pasiones no despiertan en su corazon los mismos pensamientos que en el vuestro? ¿no tienen dentro de sí las raíces de las mismas miserias? ¿Qué mas tienen los justos que vosotros sino la fuerza y la fidelidad que á vosotros os falta?

¡Oh hombre! ¡imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡acusás al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡no te basta el ultrajarle, sino que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces! ¡y quieres que el fruto de tus delitos sea título de tu inocencia! ¡Qué quimeras no se forma un corazon corrompido para justificarse á sí mismo la vergüenza y la infamia de sus vicios!

Luego Dios es justo, católicos, cuando castiga las trasgresiones de su ley. No se consuele, pues, el impío con decirse á sí mismo que la recompensa del justo será la resurreccion á una vida inmortal, y el castigo del pecador la eterna aniquilacion de su alma, porque este es el último recurso de la impiedad.

¿Pero qué castigo podrá ser para el impío el dejar de ser? El mismo desea esta aniquilacion, él se la propone como su mas suave consuelo; vive tranquilo en medio de sus placeres con esta agradable esperanza. ¿Pero os parece que el Dios justo habia de castigar al pecador dándole un destino á medida de sus propios deseos? ¡Ah! Dios no castiga de este modo. Porque ¿qué pesar pudiera hallar el impío en su aniquilacion? ¿Seria acaso el ser privado de su Dios? Nunca le amó, no le conoció, no le quiso y no tuvo mas Dios que á sí mismo. ¿Seria acaso el dejar de ser? ¿pero qué cosa podria haber de mas consuelo para un mónstruo que sabe que despues de la muerte no podria vivir sino para padecer y expiar los horrores de una vida abominable? ¿seria por haber perdido los deleites del mundo y todos los objetos de sus pasiones? Pero el que no existe ya no los desea. Imaginad, si podeis, una suerte mas feliz para el impío, y esta seria por último el feliz término de sus excesos, de sus horrores y de sus blasfemias.

No, católicos, la esperanza del impío perecerá, pero sus delitos no perecerán con ella. Sus tormentos serán tan eternos como lo hubieran sido sus deleites si él fuera dueño de su suerte; él hubiera querido poderse eternizar en la tierra con el uso de los sensuales placeres; la muerte ha terminado sus delitos, pero no sus infames deseos; el justo Juez que penetra los corazones, proporcionará el castigo á la ofensa, las eternas llamas á unos deleites que hubiera querido que fuesen inmortales, y la misma eternidad será una justa compensacion y una igualdad de su delito: *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*¹

¿Y qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fe, la mas suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sino viviendo sin fe, sin culto, sin Dios y sin confianza. Que es digno de lastima, si para que no sea eternamente infeliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fe de todos los siglos una credulidad, el dictámen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la naturaleza y de la razon, preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos mártires á los que la esperanza de la otra vida mantenía en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversion del universo una empresa humana, el cumplimiento de las profecías una casualidad; y por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado es preciso que sea falsa toda la doctrina mas bien fundada del mundo. ¡Qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas!

¹ Matth. 25.

¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino mas seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad que tantos esfuerzos haceis para no creer. No nos preguntéis ya qué es lo que pasa en la otra vida de que hablamos, sino preguntaos á vosotros mismos, ¿qué es lo que haceis en esta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos, sosegad vuestro corazón llamando á Dios y no dudando que os mira; la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad no sacudiendo el yugo de la fe, sino experimentando su suavidad; poned en ejecucion las máximas que os ordena, y no rehusará vuestro entendimiento el someterse á los misterios que ella manda creer: luego que dejéis de vivir como los que limitan toda su felicidad al corto espacio de esta vida, dejará de pareceros increíble la eternidad; entonces lejos de temerla la deseareis, suspirareis por aquel día feliz en que el hijo del hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incrédulos y á llevar á su reino á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.

